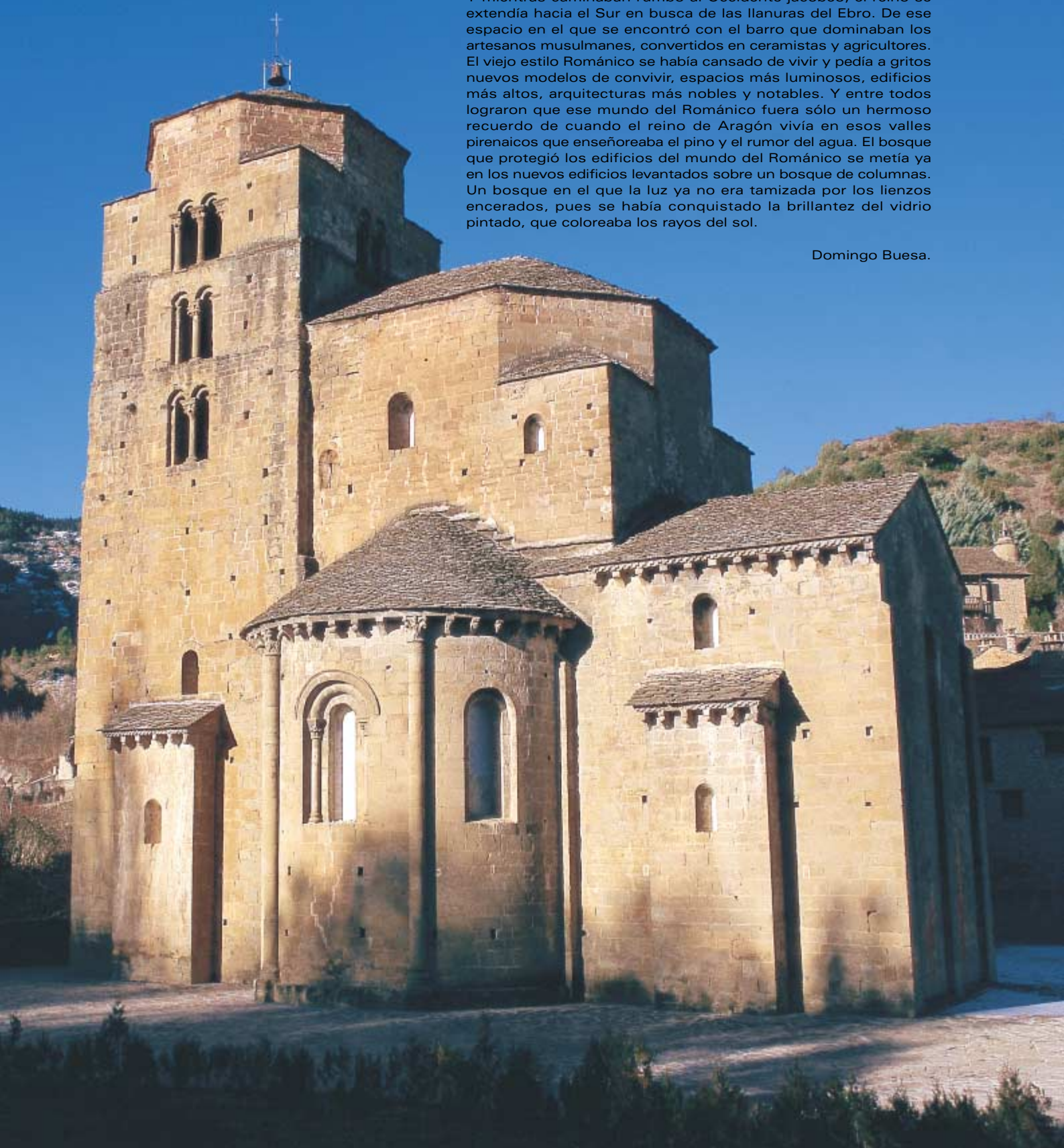


Y mientras caminaban rumbo al Occidente jacobeo, el reino se extendía hacia el Sur en busca de las llanuras del Ebro. De ese espacio en el que se encontró con el barro que dominaban los artesanos musulmanes, convertidos en ceramistas y agricultores. El viejo estilo Románico se había cansado de vivir y pedía a gritos nuevos modelos de convivir, espacios más luminosos, edificios más altos, arquitecturas más nobles y notables. Y entre todos lograron que ese mundo del Románico fuera sólo un hermoso recuerdo de cuando el reino de Aragón vivía en esos valles pirenaicos que enseñoreaba el pino y el rumor del agua. El bosque que protegió los edificios del mundo del Románico se metía ya en los nuevos edificios levantados sobre un bosque de columnas. Un bosque en el que la luz ya no era tamizada por los lienzos encerados, pues se había conquistado la brillantez del vidrio pintado, que coloreaba los rayos del sol.

Domingo Buesa.



Santa Cruz de la Serós, iglesia monástica de Santa María